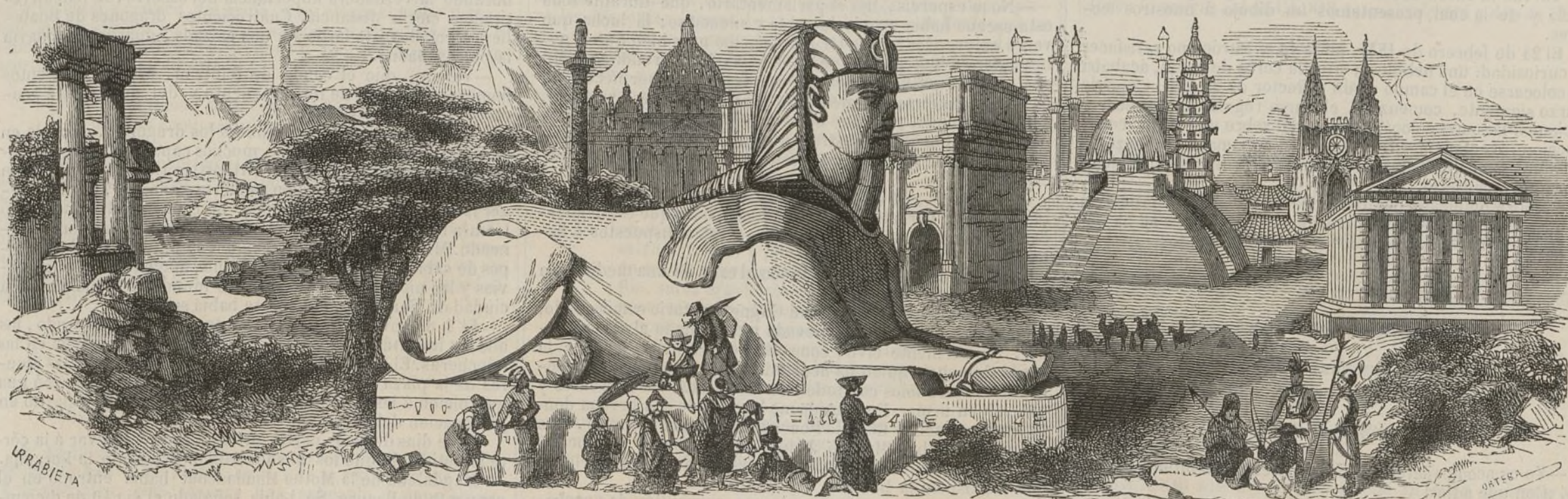


EL UNIVERSO PINTORESCO,

10, DICIEMBRE. 1852.

PERIÓDICO MENSUAL.



Precio en Madrid para los suscritores al Museo por un año. 20 rs
Se suscribe en el Gabinete literario, calle del Principe, Madrid.

No se admiten suscripciones a este periódico solo, sino con el Museo.
REDACCION, C. DE SANTA TERESA, N. 8.

Precio en provincia para los suscritores al Museo, por un año. 24 rs
Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Mellado

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Trabajos astronómicos de sir John Herschel, en el cabo de Buena Esperanza.—Recuerdos de un viaje, por Fenimore Cooper (continuación).—Colección de fábulas políticas y morales de don Pascual Baeza.—Maravillas del arte y de la industria, por don Francisco Fernandez Villabrille.—La Huérfana del Pirineo (continuación) por don J. de Goizueta.—Estudios geográficos, por don Nicolás Castor de Caunedo.

GRABADOS. El observatorio de Herschel.—La razón demostrativa.

Trabajos astronómicos de sir John Herschel, en el cabo de Buena Esperanza.

En 1833 partía una expedición de uno de los puertos de Inglaterra y depositaba en el cabo de Buena Esperanza, al ilustre astrónomo sir John Herschel, que iba a consagrar allí cerca de cinco años de observaciones científicas con ayuda de nuevos instrumentos de un inmenso poder. Haciendo ho-

menage a la perseverancia que ha desplegado el sabio en el curso de estos cinco años, debemos inmediatamente dar un testimonio de reconocimiento al cual tiene derecho el duque de Northumberland, que ha hecho los gastos de la expedición: noble ejemplo que no está aislado en los anales ingleses, pero que el estado de la sociedad y de las fortunas en España no nos permite seguir.

El principal objeto del viaje de Herschel era la observación de las *nebulosas*. En distintos parages del cielo se distinguen manchas luminosas, de formas mas ó menos regulares, de las cuales algunas recuerdan de una manera particular la constitución de nuestra vía lactea. Algunas de estas manchas, que llevan el nombre genérico de nebulosas, son *resolubles*, es decir, que se distinguen allí un conjunto de estrellas. Pero para hacer este estudio era necesario un instrumento de un poder mas considerable que los empleados hasta ahora. Desde 1825, Herschel, padre, habia concebido el maravilloso telescopio que lleva su nombre y que habia servido á sus observaciones; pero nuevos trabajos importantes retardaron hasta 1833 la partida del hijo para su nuevo observatorio. Durante este tiempo ponía en orden el catálogo de las observaciones hechas por su padre, y que comprendían 2.306 nebulosas y un conjunto de estrellas, de las cuales 1.781 habian ya sido descubiertas, y 525 eran nuevas. Este inmenso

trabajo duró ocho años; despues de lo cual, dice, habiendo adquirido una suficiente superioridad en el manejo del instrumento, y en el delicado procedimiento que hay que emplear para limpiar el espejo, resolvió proseguir el curso de sus indagaciones en el otro hemisferio, por medio del mismo instrumento. Llega el momento de decir que el instrumento de que se trata es un telescopio cuyo espejo tiene un diámetro de 18 pulgadas y un tubo de 20 pies ingleses. Las dimensiones del telescopio de lord Ross, son mas considerables que las del que acabamos de indicar, pues que el espejo tendrá 6 pies ingleses y la longitud del tubo unos 54 pies.

De cualquier modo que sea, Herschel se embarcó con este telescopio, un lente ecuatorial de cinco pulgadas de abertura y de siete pies de distancia focal, y algunos otros instrumentos, el 13 de noviembre de 1833, y llegó al Cabo el 15 de enero siguiente. Su primer cuidado fué, despues que se desembarcaron sus instrumentos sin accidente alguno, buscar un lugar propicio y confortable (*a comfortable residence*) para instalar allí sus aparatos, él y su familia. Fué bastante dichoso para encontrar inmediatamente á seis millas de la ciudad del Cabo una residencia favorable, llamada *Feldhausen*. El terreno está situado de una manera deliciosa, en la estremidad de la pendiente donde viene á morir la montaña de la Tabla y al Este de esta montaña. Se está al abrigo del polvo, y tanto



El observatorio de Herschel.

como es posible del viento. Está bastante lejano de la cima de la montaña para que no incomoden las nubes que coronan incesantemente las alturas. Por este lado el viento está atemperado por una masa de aire comparativamente dulce, y se rompe su violencia por la fácil pendiente que se ve obligado á seguir, mientras que del otro lado se lanza perpendicularmente en la llanura, hacia la cual se precipita con el furor del huracán, llenando el valle de ruido y de polvo.

Tal fué la encantadora residencia escogida por sir Herschel, y de la cual presentamos un dibujo á nuestros lectores.

El 24 de febrero de 1834, pudo ya el astrónomo satisfacer su curiosidad: una nebulosa, situada cerca de Argos, acababa de colocarse en el campo de un refractor de 20 pies; y el 3 de marzo siguiente, comenzaba el curso regular de sus observaciones. Despues colocó el ecuatorial sobre una sólida construcción inventada por Herschel, y el 2 de mayo comenzó la serie de sus medidas micrométricas de las estrellas dobles y de aquel hemisferio.

La obra publicada por Herschel en 1847, solo contiene la descripción de todas las operaciones á las cuales se ha entregado, y el catálogo de todos sus descubrimientos.

Recuerdos de un viage.

POR FENIMORE COOPER.

(Conclusion.)

—Yo os acompañaré, y mañana haremos un último esfuerzo. ¡Con que adiós!

El día siguiente 2 de setiembre de 1636, la artillería empezó á jugar como de nuevo lloviendo bombas y granadas sobre las fortificaciones. Los batallones se formaron á lo largo del bosque de la Gouge, preparándose para un nuevo ataque. Mrs. de la Mothe y de Machault se prestaron mutuamente servicios para organizar la defensa, y los principales habitantes se reunieron como la víspera en el cuerpo de guardia de la puerta de Saona. Un segundo parlamentario fué introducido en medio del consejo.

—¿Hay entre vosotros algunos caballeros, preguntó Desgranges, que quieran tratar de capitulación.

Nadie respondió. El primer regidor reiteró la pregunta.

—No, gritó un hombre respetable llamado Juan Peletier; procurador real en la bailía de San Juan de Lona; no, no queremos tratar con la casa de Austria, eterna enemiga de la Francia. Aunque hiciésemos la locura de firmar una capitulación, ¿quién nos asegura que se cumplirá? Hemos de fiarnos de los españoles que han violado el tratado de Vervins, y sorprendido la principal ciudad del arzobispado de Tréveris. ¿Podemos contar con la buena fé del duque Carlos de Lorena, que á despecho de sus obligaciones se ha negado á rendir homenaje á S. M. por el ducado de Bar; y ha suministrado socorros al rebelde duque de Orleans? Respetarian el convenio que con nosotros celebrasen esos del Franco-Condado, que despues de haberse comprometido á mantenerse neutrales, se han unido con los españoles.

—¡Muy bien dicho, señor Peletier! replicó Desgranges cuanto ha pasado hasta aquí debe movernos á la resistencia. Podemos ser vencidos, pero sucumbiremos gloriosamente. Propongo que redactemos un acta formal de nuestras decisiones, y que sirva de respuesta al requerimiento ultrajante de esos imperiales. Si el número acaba con nosotros, este será el testamento que legaremos á la posteridad.

Esta proposición fué oída con estrepitosas exclamaciones de aprobación.

—Señor Juan Gagnet, dijo el regidor encarándose con el escribano de la ciudad, escribid.

El escribano se sentó delante de una mesa, y escribió dictándole Pedro Desgranges:

«Nosotros, Pedro Desgranges y Pedro Lapre, regidor y jueces de la ciudad de San Juan de Lona, hacemos saber á quien corresponda, que el día de hoy domingo 2 de noviembre de 1636, nos hemos reunido en el cuerpo de guardia de la puerta de Saona, á eso del medio día, con los vecinos que á continuación se espresan, á saber...

Cada uno de los concurrentes se acercó á su vez y dió su nombre al escribano.

Señor Miguel de Toulorge, abogado de la bailía real.

Señor Juan Peletier, procurador del rey nuestro señor.

Claudio Martenne, vecino notable.

Juan de Lattre, escudero.

Juan May, escudero.

Estevan Robin, comerciante.

Francisco Verderet, notario.

Benigno de Villebicot, caballero.

Filiberto Michelot, vecino.

Claudio Forau, comerciante.

Benigno Bamaillé, mesonero.

Antonio Pussain, abogado.

«Para resolver prontamente, continuó despues sobre el sitio que han puesto á esta plaza, y el asalto que dieron ayer las tropas del emperador, de los reyes de España y Hungría, y del duque de Lorena, es necesario asegurarnos todos en general y cada uno en particular, con una determinación pronta y firme de que estamos unánime y constantemente determinados á proseguir dando pruebas de nuestra inviolable adhesión al rey, á la corona, y al honor de la Francia. En consecuencia de lo cual, por voto general de todos los habitantes notables, se ha acordado y resuelto prestar un nuevo juramento en nuestras manos...

—Juro sacrificar mi vida en defensa de la ciudad, dijo el abogado de la bailía.

—Todos juramos lo mismo, repitieron entusiasmados los notables.

«Como en efecto ha sido prestado al instante, prosiguió Desgranges, prometiendo todos que en el caso de verse próximos á sucumbir, están resueltos á pegar fuego cada uno á su casa, á la pólvora y municiones de guerra que están depositadas en la casa de la ciudad, para que el enemigo no pueda aprovecharse de nada, y á morir todos en seguida espada en mano; ó si pueden abrirse paso por entre los ene-

migos, á retirarse por el puente de la Saona, volando despues una arcada del otro lado del puente.

Esta determinación fué firmada con entusiasmo.

—Habeis espresado nuestras verdaderas intenciones, dijo Juan Peletier al primer regidor. Cuando á principios de este año invadieron los españoles la Picardía, el celo de todas las corporaciones del Estado contribuyó á rechazar al enemigo. ¡Ojalá nuestro patriotismo y buen ejemplo pueda obtener un resultado semejante!

—No lo esperéis, dijo el parlamentario, que durante toda esta escena habia estado inmóvil y silencioso; la lucha que vais á emprender es una locura. Concibo muy bien que el gobernador de Bellegarde y sus soldados rehúsen rendirse, porque el honor militar les impone una ley, sin tener necesidad de comprometerse por medio de juramentos. Pero vosotros, señores vecinos, ¿por qué correis voluntariamente á vuestra perdición? ¿Por qué arrastráis á ella á vuestros conciudadanos, que acaso no están dispuestos á rectificar vuestras decisiones?...

—¿Lo creéis así? interrumpió Desgranges. Señor Gagnet, id á notificar verbalmente la resolución á los que están guardando las murallas, y preguntadles si están dispuestos á firmarla.

El escribano salió, y volviendo al cabo de una media hora leyó en alta voz lo siguiente:

«Y al instante, por mi Juan Gagnet, notario comisionado, ha sido dicha deliberación llevada y presentada al señor Jannele, lugarteniente civil, comandante del apostadero de la ronda Creuchel, quien ha aceptado dichos juramentos y resolución, firmándolos con todos los habitantes allí presentes y que sabian firmar. En seguida me he dirigido á la brecha donde estaba el señor Claudio Poussin, procurador síndico, que así mismo se ha adherido á dichos juramentos y resolución, firmándolos con todos los habitantes que sabian hacerlo, y que estaban en la brecha.

Seguíronse á esta lectura largos murmullos de aprobación.

—Ahí teneis nuestra respuesta, dijo Desgranges al parlamentario presentándole el documento.

—La nuestra no se hará esperar tampoco, respondió el heraldo de la Lorena en tono altivo.

En efecto, aun no habia cerrado el consejo su sesión, cuando los sitiadores salían ya de sus líneas dando gritos desaforados. Los soldados de la guarnición de Bellegarde eran casi los únicos que sostenían el combate, pero pronto acudieron á cubrir la brecha un enjambre de paisanos. Causaba admiración ver entre ellos mugeres casadas y solteras armadas de lanzas y trabucos marchando al lado de sus padres, de sus esposos ó de sus hermanos, y ocupando en la refriega el lugar de los muertos ó heridos con una admirable presencia de ánimo. A su cabeza iba siempre la señora del gobernador, Ana de Luigne, muger heroica. Refiere la crónica que no abandonó el lecho de su marido moribundo, que estaba acabando, de sentimiento y á impulsos del contagio, sino para salir á animar á sus valientes vecinos, sin hacer mas caso de las balas que si fueran capullos de seda.

«¡Viva el rey nuestro señor!» gritaban los españoles.

«¡Es lebe der Kaiser!» decían los imperiales y los croatas.

«¡Vive le roi!» respondían los sitiados.

La lucha duró cuatro horas, y á las ocho de la noche los enemigos desalentados abandonaron confusamente la brecha ensangrentada.

La noche era sumamente lóbrega; la nieve que caía en gruesos copos cubría los cadáveres de las víctimas. Los soldados y paisanos que habian quedado con vida, molidos de cansancio y cubiertos de heridas, andaban á tientas por las murallas desmanteladas. Felipe de La Mothe y Pedro Desgranges se encontraron cerca de la puerta de Saona.

—Esta noche sombría nos presagia una triste suerte, dijo el gobernador de Bellegarde. Mañana tendremos que atravesar espada en mano esos formidables batallones. ¡Este es nuestro último día!

—¿Quién sabe, señor gobernador? Vos y vuestros soldados sois valientes y diestros. Vos podreis sin duda llegar á Bellegarde á donde os llama el deber, donde habeis dejado...

—Una persona que amais ¿no es verdad?... Pero en esta hora solemne, ¿á qué fin os entreteneis con esas ideas? Si realmente amais á mi hermana, no penseis mas que en deramar aquí la sangre para detener á los imperiales, dispuestos á poner sitio á Bellegarde despues de haber triunfado de nosotros. Sostenga la imagen de Magdalena vuestras fuerzas, active vuestro valor y matenga vuestra energía.

—¡Ah! dijo Desgranges enjugándose las lágrimas, esa es, por el contrario, la imagen que me trae perplejo y me hace la vida pesada.

—El mismo riesgo correis de morir ó sobrevivir que yo; y como os reconozco por leal y valiente, si muero y me sobrevivís, encargaos de llevar mi último adiós á mi hermana; velad por ella en mi lugar, y protegédla contra todo el mundo. ¿Me lo prometéis así?

El regidor tomó la mano del gobernador y la apretó sin poder responder.

—Mi comandante, gritó un soldado ¿veis esa masa negra que se mueve al otro lado de la Saona?

—En efecto, dijo Mr. de la Mothe volviéndose á mirar hacia el punto indicado; parece que los imperiales se arrepienten de haber dejado libre la ribera del río. Pero columna caballería que lo está pasando. Señor regidor, reunid vuestra gente; creo que el enemigo trata de dar vuelta á la ronda, y atacar de improviso la puerta del Condado.

Repentinamente se oyó un tiro, y se levantaron torbellinos de llamas y espeso humo de un cuerpo de guardia español. A la luz del incendio reconocieron los sitiados los uniformes franceses. En primer término distinguieron un caballero alto, mandando con voz atronadora y acento estrangero. Su cara era hermosa, pero triste; largos vigotes cubrían sus labios, y una venda le tapaba la frente y parte de una mejilla.

—¡Es el conde Jonás de Rantzau! exclamó Mr. de la Mothe. Yo estaba á su lado en el sitio de Dole, cuando una bala le llevó el ojo derecho. Es un refuerzo que nos llega. ¡A la puerta de Saona, caballeros! ¡Una salida! ¡Una salida!

Habiendo tocado llamada acudieron soldados y paisanos, y resonaron gritos desaforados de alegría dentro de los muros de la ciudad sitiada. Las tropas que llegaban de socorro forzaron uno tras otro los cuatro cuerpos de guardia, y el con-

de de Rantzau entró en la plaza acompañado solamente de diez de los suyos.

—¡Der Teufel! exclamó, ¡los torpes se han quedado atrás! Llegamos algo tarde, camaradas; pero como dice vuestro refrán, mas vale tarde que nunca.

La infantería francesa seguía pasando el río, llegando el agua hasta los sobacos, y al empezar á amanecer ya habian entrado en la plaza mil y seiscientos combatientes. Los sitiadores, desalentados por los clamores de los habitantes, ignorando la verdadera importancia del socorro, se habian retirado á cierta distancia. Cuatrocientos dragones de Bouteiller, formados á lo largo de una calzada, guardaban todavia la puerta Saona.

—Vamos, dijo el conde de Rantzau, salgan seiscientos hombres escogidos de mi regimiento y del de Ratilly á acuchillar á esos cobardes.

Algunos minutos despues huían los dragones, dejando en el campo cincuenta soldados, muchos capitanes, y el teniente coronel Gordon, su mayor. Al mismo tiempo se acercaban cinco escuadrones de á cien hombres cada uno, para proteger la retirada de los vencidos. El conde de Rantzau envió treinta caballos á rechazarlos, haciendo asimismo fuego granado. Mientras se dispersaban por la pradera los dos cuerpos de caballería austriaca, la Saona, aumentada por las lluvias y las nieves, salió de madre é inundó las trincheras. La ciudad de San Juan de Lona se habia salvado!

El 2 de noviembre, dos horas despues de anochecido, los aliados levantaron el sitio, abandonando la artillería en las trincheras. El conde de Rantzau confió la guardia de las afueras de la plaza á dos regimientos de infantería, formó una guarnición á las órdenes del señor Descoubieres, y partió en persecución del enemigo.

Doce días despues partió Mr. de Crequy á llevar á la corte la noticia de que los aliados habian evacuado la Borgoña.

Magdalena de la Mothe-Houdancour habia entrado en el convento de Beure. Se habia señalado el día 40 de diciembre para que tomase el velo. Ese mismo día, habiendo salido de madrugada Mr. de La Mothe de Bellegarde para ser testigo de esta dolorosa ceremonia, encontró en el camino á Pedro Desgranges, pálido, con la vista turbia y fija en las paredes que iban á arrebatarle á su amada. El gobernador se apeó, abrazó al regidor, y le dijo con muestras del mayor sentimiento:

—Es la voluntad espresa de mi padre y no la mía.

Acabaron de sonar las campanas, porque habia concluido la ceremonia, cuando Pedro Desgranges corrió sin aliento á las puertas del convento, preguntando por Mr. de la Mothe-Houdancour, y le entregó un pliego, del que acababa de romper el sello de las armas de Francia.

Este pliego contenia las patentes en que el rey Luis el Justo concedía á los habitantes de San Juan de Lona *exención y franquicia de toda clase de pechos é impuestos*, y á su leal y amado Pedro Desgranges, escudero, carta de nobleza hereditaria.

Un rayo de alegría brilló en los ojos de Mr. de La Mothe cuando leyó esta patente.

—Teneis bien merecida semejante honra, caballero, dijo el regidor, y mi padre considerará, de seguro, que no tiene ninguna otra razón para rehusar semejante yerno. Mi hermana acaba de pronunciar sus votos; pero segun las constituciones de la orden son votos anuales. Voy á volver al castillo de Houdancour-en-Brie, y antes que se acabe el año próximo tendreis nuevas de mí.

Un año despues, Pedro Desgranges se casó con la señorita de La Mothe-Houdancour.

Colección de fábulas políticas y morales de don Pascual Baeza.

Poco hace que este librito apareció impreso, sin que le hubiesen precedido elogios anticipados de esos que previniendo la opinión, tratan de apoderarse del juicio de los lectores: el libro de que nos ocupamos no llevaba mas recomendación que lo intrínseco de su mérito y la garantía del nombre del autor, cuya última circunstancia le hacia ya acreedor al aprecio público, por las relevantes dotes que adornan á este íntegro magistrado, tan conocido por sus escritos sobre jurisprudencia, como estimado por sus servicios políticos desde principios de nuestra época constitucional.

En el poco tiempo transcurrido desde que se anunció esta colección de fábulas hasta hoy, el señor Baeza ha conquistado un distinguido lugar entre los sentenciosos moralistas y entre los mas fáciles versificadores.

El conocimiento profundo que tiene del corazón del hombre le ha hecho ver con una mirada severa pero justa, los principales vicios que descuellan en la vida común, por eso en las fábulas así políticas como morales, se ven diseñados con diestro pincel los escesos, descuidos y superfluidades de los hombres políticos, que faltos de talento, instrucción ó buena fé, aspiran exclusivamente á alcanzar medros personales; mientras en las morales se censuran con una crítica fina y bajo una forma agradable defectos palpantes de nuestra sociedad, representados por seres y objetos conocidos, para que los niños puedan penetrar perfectamente la idea del autor y la aplicación del apólogo.

Causado el público de la lectura de tantos y tantos versos insulsos sin mas aliciente que el sonido de la rima, ve con hastío y aun con prevención desfavorable, cuanto se publica en el género poético, y para fijarle y apoderarse de su ánimo, es preciso que el autor no se fie exclusivamente de la cadencia del sonido, sino que desentrañe pensamientos profundos, que revele verdades filosóficas, que derrame la hiel del punzante epigrama, que conmueva el corazón ó que hable á la inteligencia: cuando alguna de estas dignas cualidades de escritor aparece en una obra poética de fina y esmerada forma, entonces el público no paga con indiferencia ó desden los trabajos de un autor de talento y conciencia.

Por esta razón las fábulas del señor Baeza han obtenido tan singular acogida, cuanto han pasado desapercibidos tantos y tantos ensayos de este género, como han visto la luz, habiendo entre ellos algunos muy apreciables, en las de que hoy nos ocupamos sobresale el pensamiento moral perfecta-

mente conducido y la originalidad del asunto en todas ellas: al mismo tiempo están versificadas con tal facilidad y ha tenido el señor Baeza tal tino en la elección de metros que parece que juega con la poesía, seduciendo al lector con la variada entonación con que armoniza el conjunto.

No hay una de estas fábulas cuyo asunto no ofrezca interés y aplicación inmediata, indicándose ya desde el epígrafe la intención epigramática del autor. Léanse sino la de la Abeja y el Grillo y se verá de qué manera tan delicada se censura la charlatanería atrevida é incansable, representada en el monótono cántico del grillo, y se elogia el amor al trabajo, personificado en la laboriosa abeja: con qué verdad y sencillez está versificada esta fábula y con qué expresión tan acertada la termina diciendo:

«Forman congresos de abejas
y no congresos de grillo.»

Mas adelante encontramos la del Ganso legislador: filosófica en extremo, sarcástica en el giro y punzante como todas, en ella se satiriza con delicados toques la manía de los que sin conocer las costumbres y necesidades del país en que habitan, quieren á toda costa aclimatar en él las leyes y costumbres de otros pueblos de índole y circunstancias en un todo diferentes: y en la sentencia final dice él con la verdad mas incisiva:

«Gansos, por nuestro mal legisladores,
si queréis importar leyes ajenas,
del fuero del país concededores,
modificadlas y aplicad las buenas:
dejad de ser menguados traductores.»

Si se quiere leer una fábula escrita con mucho desenfado recomendamos la del Festín, en la que el pio lector no dejará de encontrar una censura fina aplicable á algun objeto conocido. No queremos renunciar al gusto de trasladar la primera estrofa modelo de fácil versificación.

—«Todo sea placer en este día,
y júbilo en mi casa.
Celebrese mi santo
con brindis á porfía;
rueden las copas de licor sin tasa,
jueguen, bailen, resuene alegre canto:
reine la tolerancia sobre todo:
libertad, libertad la mas completa
hasta para el beodo
que el orden del festín no comprometa.»

El Lego y el Santo es una fábula cuyo metro es tan á propósito para la canturía musical, que suelen tomar los niños, cuando aprenden de memoria cualquier proverbio, que parece que no tiene otro pensamiento que ser consagrada á este sencillo objeto; pero estudiéase su intención, desentrañese la idea que encierra, y se verá bajo la suave dulzura con que se deslizan los versos, la ingeniosa consecuencia que de su contenido se deduce.

Así habla el lego al santo en la determinación de la fábula:

«Ser yo solo
responsable,
no es un hecho
cuestionable,
si me como
la ración.
Seré, santo,
si me dejas
solo objeto
de sus quejas
y terrible
maldición.
Mas por ello
no me asusto,
que al imperio
de mi gusto
sacrifico
la razón.»

Y luego esclama el autor:

«¿Si habrá ministros acaso
que para el trono, con fuego,
pidan derechos, y luego
den con el rey igual paso,
que dió con el santo el lego?»

Lo que decimos de las fábulas políticas, se encuentra en las morales; y si fuéramos á llamar la atención sobre todo lo que de esta colección merece nuestros sinceros elogios, tendríamos necesidad de copiar todas las que contiene este precioso tomito apreciable por mil razones.

La sátira es fina, y no tiene nada de personal; censura vicios sin atacar ni referirse á personas; su lenguaje correcto, su versificación fácil, su expresión honesta, y su moralidad siempre en primer término, son circunstancias altamente recomendables para formar el gusto é inclinaciones de los niños, los cuales encontrarán en estas fábulas un agradable aliciente por la cadencia armónica de los versos, y por las breves dimensiones de cada una, á la par que creará en ellos la noble emulación, y el amor al estudio por los ejemplos tan propios y oportunos que en ellas se presentan. Estas consideraciones y otras que no se ocultarán á la penetración de los consejeros de instrucción pública, las hacen dignas de ser declaradas como textuales para las escuelas de primera enseñanza.

El señor Baeza con una modestia que le honra mucho, dice en su prólogo, que en medio de sus ocupaciones no le era posible emprender ninguna obra de las que requieren profunda meditación y largo empeño, y que se ha reducido á composiciones ligeras. Nosotros creemos que una colección de fábulas como las del señor Baeza, necesita un trabajo de conciencia y meditación, un estudio profundo de las debilidades humanas, y una rara flexibilidad para acomodar y dar forma á pensamientos graves, bajo la personificación de objetos vulgares: sin estos peculiares atributos, ni las fábulas

de que nos ocupamos serian lo que son, ni el señor Baeza hubiera alcanzado tan raro éxito.

El autor de estas fábulas cierra su colección con un soneto, titulado: *La vida del hombre*, tan notable por el pensamiento en él desentrañado, como por las circunstancias literarias y artísticas que le rodean. Un soneto por sí solo es una composición difícilísima, por eso en nuestra lengua tenemos tantos sonetos, pero tan pocos buenos sonetos. Véase en el que vamos á copiar si se pueden pintar con mejor colorido, con mas verdad, ni con mayor arranque poético y descriptivo las diferentes épocas de la vida humana. Reflexiónese lo que es nuestra vida pasando de la infancia á la juventud, recorriendo la adolescencia, la virilidad, la formación completa del hombre y su inmediato descenso, y despues veamos los similes y comparaciones de este soneto.

Débil raudal, que tímido marchando
leve rama de brezo detenía,
crece, ligero corre, y en su vía
entre plantas y riscos va jugando:
Limpido arroyo, salta retoyando;
riachuelo veloz, con valentía
salva el tronco y peñasco; y su alegría
en medio la pradera va mostrando:
Rio, surca orgulloso el valle ameno;
mas cuando las llanuras fertiliza,
mezcla sus puras aguas con el cieno:
turbio y pesado entonces se desliza
del mar á sepultarse al hondo seno;
tal nace el hombre, crece y finaliza.

Damos mil plácemes al señor Baeza por su librito, y ójala aparecieran con frecuencia trabajos de tanta utilidad y tan recomendables como el de que acabamos de ocuparnos.

P. CALVO ASCENCIO.

Una comedia en tres actos.

PERSONAJES.

EL (20 años).
ELLA (15).
EL PAPA.
LA MAMÁ.
UN AMIGO.

EL AGUADOR.
LA CRIADA.
VECINOS, SALVAGUARDIAS,
ETC.

ACTO PRIMERO.

Piso principal de la escalera de una casa.

ESCENA PRIMERA.

(EL con la cara pegada al ventanillo de la puerta y ELLA por la parte de adentro que hablará sin ser vista.)

EL. Es preciso atropellar por todo y romper de una vez el ominoso yugo que sobre tí pesa.

ELLA. Sí, si, es preciso que tomemos una resolución pronta y eficaz.

EL. ¿Me amas?

ELLA. ¿Que si te amo? ¿Muchísimo? ¿No te he dado ya bastante prueba de mi cariño arrojando la cólera de mis papás, que se han propuesto en su ridiculez que me quede para vestir imágenes según lo que me vigilan y sermonean?

EL. ¿Hace mucho que salieron?

ELLA. Media hora lo mas. (Aparte.) ¿A que no se le ocurre á este majadero el suplicarme que le abra la puerta?

EL. ¿Te acuerdas de la noche aquella, de aquella noche de ventura?

ELLA. ¿En que polkaste conmigo en la Silfide?

EL. Justo, vida mia, en la Silfide; allí te vi por la primera vez, allí conocí á la silfide que mas tarde habia de reducirme al lastimoso estado en que me encuentro. ¡Oh, bendita sea la polka y bendito quien la inventó!

ELLA. Mi papá no me deja ya bailar mas que rigodon; dice que en la polka van demasiado juntitos.

EL. Tu papá, hija mia, tiene trazas de ser un segundo Atila, un Neron con gaban. ¿Estás sola?

ELLA (aparte). Ya le veo venir. Con la criada.

EL (aparte). No va á querer abrirme la puerta; quizá se enfade conmigo si la hago tal petición: probaremos. (á ELLA.) ¿Si quisieras darme una nueva prueba de cariño?

ELLA. Habla, ¿cuál es?

EL. Me sublimarias al pináculo de la dicha.

ELLA. No te entiendo.

EL. No puedes figurarte el frio que hace en esta maldita escalera; yo que estoy resfriado voy á atrapar de seguro una buena pulmonía, si permanezco en este sitio un par de minutos mas.

ELLA. ¿Quieres el barragan de papá?

EL (aparte). Valor y serenidad. (á ELLA) Quiero que me abras la puerta.

ELLA. Imposible (aparte) Deo gracias.

EL. Así podremos arreglar mas fácilmente y sin temor del ser molestados nuestra boda.

ELLA. Sois los hombres tan malos que!... (aparte.) Hay algunos tan torpes!...

EL. Qué ¿temes que me extralimite, no es verdad? ¡Oh! desecha vanos temores: yo te juro por lo mas sagrado de la tierra...

ELLA. Gente sube.

EL. Es el aguador. (aparte.) Es un ángel bajado del cielo.

ELLA. Prométeme que aunque abra la puerta no entrarás.

EL. Pero si te he dicho que mis intenciones son las mas puras, las mas ascéticas.

ELLA. Sino rompemos para siempre.

EL. Bueno, te lo prometo, te lo juro.

ELLA (aparte). Buen tanto será si no entra. Una cosa es

ue yo le dé permiso y otra que él se lo tome.
EL (aparte). Qué recatada es la niña.

ESCENA II.

Dichos y EL AGUADOR.

AGUADOR. Buenas tardes nos dé Dios.
EL. Muy buenas, amigo.

(Abren la puerta, el AGUADOR se cuela dentro y detrás EL.)

ESCENA III.

Antesala.

EL y ELLA.

ELLA. Vete por Dios, de un momento á otro deben volver.

EL (de rodillas y cogiéndola la mano). Te amo... te adoro... te idolatro...

ELLA (profundamente conmovida). ¿De veras? ¿De veras? ¡Ah! suelta, suelta, que si vienen...

EL (en el mayor grado de exaltación). Les diré que eres mi vida, mi encanto, mi consuelo, que si se oponen á nuestro enlace, te arrancaré de entre sus brazos.

ESCENA IV.

Dichos, LA CAMPANILLA, luego EL AGUADOR.

LA CAMPANILLA. Tilil tilin, tilin, tilin.
ELLA (asustada). ¡Ellos son!

EL. ¡Maldición!
(El AGUADOR sale muy despacio con su cuba al hombro.)

LA CAMPANILLA. Tiririririririr.

ELLA. Huye.

EL. ¿Dónde me escondo?

LA CAMPANILLA. Tintirintintintin.

EL. ¡Qué idea! (al AGUADOR.) Dame tu chaqueta... tu gorra...

AGUADOR. Señorito...

EL. Nada, nada; y la cuba.

LA CAMPANILLA. Tirintintintintin.

LA CRIADA (que sale despavorida). ¿Quién, quién?

ESCENA V.

(Abrese la puerta y entran EL PAPA y LA MAMA. EL, medio atolondrado, se precipita hacia la escalera, no sin haber dado al PAPA con la cuba un buen porrazo en las narices.)

EL PAPA. ¡Ay, ay, ay!

LA MAMA (viendo al AGUADOR con gaban y sombrero de copa alta). Un hombre disfrazado. (gritando.) Ladrones, ladrones.

ELLA (dejándose caer desmayada sobre una silla). Yo me muero ¡ah, ah, ah!

AGUADOR. Mi cuba, mi chaqueta, que me la llevan. (El portero, vecinos, salvaguardias, etc., etc. Gran confusión. (Cuadro.)

(Se continuará.)

La huérfana del Pirineo (1).

(Continuación.)

CAPITULO XIX.

LO QUE CONTENIA LA ESQUELA DE MADAMA DE BRESSENS, CON OTROS SUCEOS NOTABLES.

Triste, muy triste fué aquella larga noche en que el anciano pastor supo que su hija adoptiva habia abandonado la casa de Mad. de Bréssens: recordaba Gaspar al volver á su caserío las palabras y la confesión que de su amor y de su abandono le habia hecho aquella mañana, y en medio de su tristeza le asaltaba la idea de que tal vez Inés se habia refugiado en su casa y que allí la encontraría.

Doliale tanto el acostumbrarse á una separación tan violenta é inesperada, que acogió con suma alegría aquel vislumbre de esperanza. Bien así como el náufrago cree ver en las blancas alas del Albatros que se cierne sobre las olas en medio de un golfo perdido en la inmensidad de los mares, las velas de un barco que la Providencia le envía para salvarlo; esta esperanza le fortalece; saca fuerzas de flaqueza, nada con brio, grita con voz robusta, levanta los brazos con sobrehumano esfuerzo... el buque salvador se acerca rápidamente... ha visto sus señales en demanda de socorro... Otro esfuerzo mas... el último... ya está próximo el barco, adivina á que nación pertenece, divisa las jarcias, oye la voz de los marineros... ¡Ah! El Albatros alza su vuelo á mayor altura al notar aquel objeto que sobrenada... lanza su lúgubre chillido... pasa rozando la cabeza del náufrago... y se oculta en el lejano horizonte. Una lágrima ardiente brota de los ojos de aquel hombre desdichado al apercibirse de su doloroso engaño, y se hunde poco á poco... y desaparece en medio de aquella soledad de agua. Muere ignorado de todos... su sepulcro es un abismo insondable.

Tal fué lo que sucedió con Gaspar al cerciorarse de que Inés no se encontraba en su caserío. Amaba á su hija adoptiva, como el náufrago ama su vida: decepcion cruel es la de este al cerciorarse de que no hay socorro humano que pueda salvarlo, que muere su esperanza... decepcion amarga fué la de Gaspar cuando en su solitaria morada no encontró mas.

(Sigue á la pág. 94.)

(1) Véanse los números anteriores.

AFRICA.

Ayuntamiento de Madrid

NUBIA	{ Nilo. { Bai-el-Azrek. { Aburadi.	{ . { . { .	{ Calmez. { . { .	{ Malometana. { Despótico. { .	Berr. (Capital). Esmirna. Amraci. Tynakhi. Marrakech. Chendy. Samar. Sonair.	2 000,000	{ . { . { . { . { . { . { .
BABY-ET-ABIAD.	{ Bab-el-Abiad. { Kordofan. { Dar-Four.	{ . { . { .	{ . { . { .	{ Idlatra y malo- { metana.	Oueit. (Capital). Kobé. El-Pacher.	Número desco- nocido.	{ . { . { .
REGENCIA DE TRIPOLI.	{ Negros.	{ . { . { .	{ . { . { .	{ Malometana. { . { .	Tripoli. (Capitol). Derna. Curn. Ghadames.	5,800,000	{ . { . { .
REGENCIA DE TUNES.	{ Blanco.	{ . { . { .	{ Gerbi. { . { .	{ Malometana. { Despótico. { .	Puerto-Farina. Bizerta. Monstir. Calés.	5,000,000	{ . { . { .
FEZZAN.	{ Atlas. { Djebel-Ougrub. { San Jorge (en las Azores).	{ . { . { .	{ . { . { .	{ Malometana. { Despótico. { .	(Se ignora el número.) { Mourzouk. { . { .	{ . { . { . { .	
ARGELIA.	{ Schelf. { Djedid.	{ . { . { .	{ Atlas. { . { .	{ Melige. { Titter. { Caólica con lo- { lerancia.	Argel. (Capital). Orán. Tinecan. Babai. Boua. Constantina.	2,000,000	{ . { . { .
BLVDUGEND.	{ Atlas. { Djebel-Ougrub. { San Jorge (en las Azores).	{ . { . { .	{ . { . { .	{ Malometana. { Despótico. { .	Ghangala. (Capitol). Tal.	4,000,000	{ . { . { .
IMPERIO DE MARRUECOS.	{ Molongh. { Zor. { Drama. { Fil.	{ . { . { . { .	{ Atlas. { . { .	{ Bojador. { Madera. { Blanco. { Verde. { Chafarinas.	Marruecos. (Capital). Mogador. Pez. Mequinez. Tetan. Tanger. Sale. Toullet. Goutland.	15,000,000	{ . { . { . { . { . { . { . { .
SUD-IFESHAM.	{ Senegal. { Soudan.	{ . { . { .	{ . { . { .	{ Blanco. { Teide (en Canarias). { .	Falent. (Capital). Al.	{ Seignora.	{ . { . { .
SOMARA ó EL DESERTO.	{ Senegal. { Soudan.	{ . { . { .	{ . { . { .	{ Blanco. { Teide (en Canarias). { .	Aghil. Agades. Alouda.	{ Se ignora el número.	{ . { . { .
SODIAN.	{ Kouara. { Chary.	{ . { . { .	{ Luna. { Kong.	{ Idlatra. { Idlatra.	Sago. Konta. Tombouctou. Kima. Pesim.	20,000,000	{ . { . { . { . { .
SENEGAMBIA.	{ Senegal. { Fiambo. { Gambú. { Nalons.	{ . { . { . { .	{ Rojo. { . { .	{ Kyar. { Dobo. { .	Goree. Bahurst. Free-Town.	{ Se ignora el número.	{ . { . { .
CONGO ó GUYA MERIDIONAL.	{ Congo. { Oango. { Ambriz. { Pandé. { Zenza. { Culo. { Camulola.	{ . { . { . { . { . { . { .	{ Murai. { . { . { . { . { . { .	{ Negro. { Frio. { Lopez. { . { . { . { .	{ San Salvador. (Capital). Loongo. Yaous. Bomba. Chissel.	{ Se ignora el número.	{ . { . { . { . { . { . { .

93

que a Lucía, su criada, que no había visto a Inés desde que marchó a Urdós.

El frío era intenso; la tempestad, rugiente y amenazadora conmovía el caserío en sus cimientos; la noche lóbrega... y sin embargo, el fuego estaba apagado en el hogar, y ninguna luz iluminaba la cocina.

Sentado en el sillón de sus antepasados, silencioso y triste, el anciano derramaba lágrimas de vergüenza y se sentía morir de dolor. Insensible al frío, ni tan siquiera herían sus oídos los bramidos de la tormenta.

¿Qué le importaba ya que el mundo se desquiciase? Inés, el orgullo de sus canas, la alegría de su corazón, aquel ser por quien había vivido y en quien tenía reconcentrado todo su cariño, ¿no le había abandonado? ¿No había manchado con su falta, el puro e inmaculado nombre del honrado pastor?

Porque no había duda: ella ocultaba una falta... sin eso hubiera venido en su busca, hubiérase refugiado a su lado si algún peligro la amenazaba, si algún desaire hubiese recibido.

—¿Cómo presentarme ante mis vecinos y amigos? murmuraba sollozando; ¿qué contestar a sus preguntas cuando me pidan noticias de mi hija? ¡Dios mío, Dios mío! Y si por desgracia sus padres, sus verdaderos padres, sabedores de su verdadero me la reclamasen, ¿qué decirles? ¡Oh Inés, Inés! Has llenado de amargura los últimos años de mi vida...

Y la noche avanzaba, arreciaba el huracán, y Gaspar cada vez más triste, más sombrío, meditaba planes sugeridos por la desesperación.

Luego procuraba sincerar a Inés y culpar a Félix...

—Sencilla es inocente, seguía murmurando, habrá sido seducida por su amante, y no pudiendo ocultar su crimen, quizá haya huido lejos de aquí, al lado del seductor tal vez... Y sin embargo, él era honrado, buen hijo, noble y leal... Mi cabeza se estraviaba... huyamos, huyamos también de aquí; abandonemos el techo que me vio nacer y en el cual tan tranquilamente he vivido... Adiós, adiós para siempre.

Levantóse al decir estas palabras, y a favor de los primeros albores del crepúsculo, empezó sus preparativos de marcha.

—¡Lucía! gritó: despierta y ven: no te detengas.

—Señor: dijo la joven criada acudiendo sorprendida al llamamiento de Gaspar.

—Yo me ausento, hija mía, yo me ausento, para largo tiempo...

—¿Qué decís?

—Tal vez para no volver.

—¡Oh! ¿me causais miedo? ¿Qué teneis, mi buen amo?

—Nada, Lucía, nada: asuntos del mayor interés me llaman lejos de aquí.

—¿Y os marcháis sin ver a Inés? ¿Sin decirle a dónde vais? —No es necesario, hija mía, contestó angustiado: ella sabe perfectamente donde encontrarme; además de que voy a despedirme de ella: marcharme yo sin verla, añadió con una sonrisa que espantó a Lucía, marcharme yo sin abrazarla, abandonarla así... ¿Juzgas que eso es posible? Eres necia, Lucía, muy necia.

—¡Oh! no marchareis, exclamó Lucía agarrándolo del brazo. Yo no puedo permitir que os alejéis de ese modo.

—Déjame, Lucía, déjame, contestó Gaspar procurando desasirse de las manos de su criada.

—¿Qué va a ser de mí, señor, si os ausentáis? ¿Qué va a ser de los pobres cuya providencia sois?

—Escúchame, Lucía, escúchame: es cosa resuelta mi ausencia.

—Os prevengo que si mis ruegos no os ablandan, corro a casa de Mad. de Bréssens en busca de Inés y...

El anciano la tomó a su vez del brazo, y apretándose convulsivamente, la dijo en voz baja pero con acento imperativo:

—Guárdate bien de pisar los umbrales de la casa de madama: aquella es una mansión que acarrea desgracias a los que la habitan.

—¡Dios mío! exclamó aterrada la joven.

—Tu eres buena, Lucía, repuso Gaspar con dulzura: tu eres fiel, y amas a quien ha partido su pan contigo. Pues bien, a tu cargo queda el cuidado de esta casa y el de mis prados, rebaños y heredades; cuidalos como si fueran tuyos; y si algún día llegase Inés, entregáselos en mi nombre y... huye, Lucía, huye de su lado.

Y al concluir estas palabras se lanzó hacia la puerta de la cocina precipitadamente; pero de repente dió un grito y retrocedió.

La puerta se había abierto, y en el dintel apareció Félix, sorprendido al notar el movimiento del anciano pastor: en su hombro derecho descansaba una larga escopeta, y con la mano izquierda alargaba a Gaspar una carta cerrada.

—Buenos días, Gaspar, buenos días amigo mío, dijo el cazador adelantándose. Soy yo, soy Félix, no temáis.

Pero el anciano no contestaba; miraba fijamente al joven montañés, y retrocedía paso a paso hacia el sitio en donde estaba colocado el sillón.

—¿Qué significa esto, Lucía? preguntó Félix admirado. ¿Acaso no me conocéis?

—No te conocía, no, dijo el pastor a su vez: ahora si te conozco, y demasiado bien por mi desgracia.

—¡Gaspar! gritó Félix aproximándose.

—No te acerques, no te acerques. Tu has cubierto de luto mi corazón, y mis canas de vergüenza.

—¿Yo? replicó el joven mas y mas admirado.

—¡Ah! ¡Hipócrita también! añadió Gaspar.

—En el nombre de Dios, esplicaos.

—Si, si, esplicaos, dijo Lucía llorando.

Quedóse Gaspar mirando al cazador, los labios del anciano temblaban, sus manos apretaron con fuerza el grueso palo que le servía de apoyo en sus correrías por aquellas montañas, después acercándose lentamente al joven que no acababa de comprender aquella escena, le dijo con acento sombrío:

—¿Qué has hecho de Inés? ¿Qué has hecho de mi hija?

—¡Inés! gritó Félix, tornándose pálido.

—Si, de Inés, que era pura como el primer ángel del cielo, inocente como un recién nacido, sencilla como Eva cuando salió de las manos del Criador?

—¿Inés? tornó a exclamar Félix mirando en su derredor con ojos estraviados.

A pesar de su cólera y su dolor, el pastor no pudo menos de notar el efecto que sus preguntas habían producido.

—¡Ah! creías que yo no llegaría a saber sino muy tarde acaso tu conducta villana, te pones pálido, convulso, te veo inquieto...

—¿Luego no está aquí? dijo Félix sin atender a las palabras del pastor: ¿ni sabéis dónde se encuentra?...

Esta vez Gaspar fué el que se admiró. Acercóse a Félix, tomóle la mano y arrojándose ante él y con las lágrimas en los ojos le dijo con acento desgarrador:

—Félix, Félix! por la salvación de tu padre, por la salud de tu madre, devuélveme mi hija.

El cazador quedóse mudo de asombro al escuchar aquella súplica inesperada.

—Devuélveme mi hija, tornó a gritar el anciano, y pídemela si quieres la vida en cambio.

Félix nada dijo, levantó silenciosamente a Gaspar y sentóse en un rincón cubriendo el rostro con las manos: al verificar este movimiento cayó al suelo la carta.

Gaspar la recogió y leyó el sobre con bastante dificultad.

—Es para mí. ¿Quién te ha dado esta carta?

—Nadie. La encontré en el zaguán al entrar.

—¡Gran Dios! exclamó palideciendo al leer los primeros renglones. ¡Oh! ¿Qué infamia!

Félix se levantó apresuradamente y arrebató el papel de manos del pastor. Luego leyó lo que sigue:

«Gaspar: anoche me pediais cuenta de la conducta y del paradero de vuestra hija; nada pude deciros en aquel momento porque nada sabía. Hoy os contesto a entrambas preguntas: la conducta de Inés podreis juzgarla vos mismo cuando sepais que ha desaparecido de mi casa en compañía de German mi mayordomo.»

—¿Qué significa esto? preguntó Félix. No es German el mayordomo de Mad. de Bréssens?

—El mismo.

—¿Y cómo ó en donde ha conocido este hombre a Inés?

—En su casa.

—¿En casa de Mad. de Bréssens? ¿Luego Inés ha estado allí?

—En mal hora, Félix, en mal hora.

—Esplicaos, Gaspar, en el nombre de Dios.

—Yo mismo la conduje a esa morada maldita.

—¿Conducida por vos! ¿a qué fin?

—Yo quería que completase su educación al lado de una señora honrada.

—Mad. de Bréssens lo es. ¿Pero desde cuándo está allí?

—Desde hace dos meses: ¿con que tú no sabías?...

—Yo he ignorado todo eso, por mi desgracia. Mas no concibo como el señor German a quien Madama profesa tanto cariño, haya podido fugarse de su casa, y mucho menos aun el que Inés que me ama... ¡Oh! Estoy seguro de ello: se haya olvidado de lo que a sí misma se debe, hasta el extremo de haber cometido esa ligereza. Venid, buen anciano, venid: vamos a Urdós, allí nos informaremos de Madama de sus criados, de los vecinos del pueblo, en fin, de todos los que puedan ilustrarnos para encontrarla.

—No, no: contestó Gaspar: sería hacer mas pública su deshonra.

—¡Ira de Dios! Luego creéis que Inés...

—Yo no debía creer nada, contestó el anciano, desde que me he convencido de tu inocencia. Y ahora Félix, perdóname; he sido injusto contigo.

—Dejemos eso para mas tarde. Lo que precisa, lo que urge es aclarar lo que haya de oscuro en todo esto; porque os aseguro, Gaspar, que tan injusto sois con vuestra hija, como lo habeis sido conmigo.

—¡Oh, hijo mío! ¡Cuán dichoso seria yo si mis sospechas fuesen infundadas! Oyeme, Félix, oyeme: tú, Lucía, añadió dirigiéndose a la criada que lloraba sentada en un rincón: olvida lo que has escuchado, y acuérdate que te lo suplica quien te ha cobijado bajo su techo. Sal fuera de aquí; que nadie venga a interrumpirnos; Félix y yo tenemos mucho que hablar.

Lucía salió sin replicar.

—Ahora, Félix, hablemos.

—Aquí hay un misterio que no comprendo: si al menos tuviese algunos antecedentes.

—Yo te diré cuanto ha sucedido hasta el día.

Entonces Gaspar le contó la entrevista que la víspera había tenido con su hija: luego le hizo una relación circunstanciada de cuanto había sucedido en casa de Mad. Bréssens, y finalmente, todos los pasos que había dado la noche antes para encontrar a Inés. Félix escuchó tan larga narración cabizbajo y pensativo. Su corazón leal se resistía a creer una traición de parte de su amada; por otra parte, la edad de German, su carácter taciturno y severo, no podía en tan poco tiempo cambiar hasta el extremo de convertirse en seductor infame, ó en raptor malvado. Pero aquella carta lo acusaba; aquella carta era de una señora a quien respetaba; Mad. Bréssens era para Félix poco menos que una Providencia; la creía buena, incapaz de una acción villana. Todas estas reflexiones cruzaron rápidamente por su imaginación, y empezó a meterse en un dedalo de confusiones.

—¿Y ahora, qué hacemos? preguntó el pastor. Es preciso que empecemos nuevas pesquisas.

—Cuanto antes mejor; pero procedamos con orden.

—Cómo tu quieras: discurre, dispon a tu antojo; yo no estoy para nada.

—En primer lugar vamos a casa de madama. Nadie puede darnos mas luces acerca de este misterioso asunto.

—Había jurado no volver a pisar los umbrales de aquella casa; pero tienes razón; ella es la única que nos puede ayudar.

—En marcha, pues, y no perdamos tiempo.

Salieron ambos del caserío, y para llegar pronto a Urdós, tomaron por un atajo, en lugar de seguir el camino ordinario.

La senda por la cual marchaban, era la misma que desembocaba en la plataforma que ya conocemos, bordeando el temible despeñadero de Arlecu.

Cuando hubieron llegado a mitad del sendero, oyeron que del fondo de aquel horrible precipicio los llamaban a voces. Paráronse a escuchar, y allá en lo mas profundo de aquella hendidura divisaron a un hombre, que luchando con las impetuosas aguas del torrente, procuraba ganar la orilla. Después de haber hecho esfuerzos inauditos, logró al fin asirse a

las peñas y comenzó a trepar por la escabrosa pendiente, en cuyo promedio se hallaba practicado el sendero.

—¿Conocéis a ese hombre? preguntó Félix: yo apenas le distingo.

—Su metal de voz no me es desconocido. ¿Pero cómo se encuentra en ese sitio?

—Tal vez se haya despeñado... Lo peor será que no pueda llegar hasta aquí.

—Trabajosa y espuesta es la subida.

—Sin embargo, gana terreno poco a poco. ¡Ah! Ahora se desprende un fragmento de roca y va saltando hasta el torrente. ¡Infeliz! Lo habrá aplastado el peñasco.

—No, no: hélo allí: ¡eh! gritó Gaspar: inclinaos a la izquierda: buen ánimo, amigo, os ayudaremos.

Y al decir esto, el cazador y Gaspar, olvidando sus propios pesares en vista de aquel hombre en peligro, desafiaron sus fajas, las anudaron, y quedándose el anciano asido a una de las puntas, se deslizó Félix osadamente hasta sentar sus plantas en el agudo pico de una peña cubierta de hielo.

El hombre subía lentamente, aprovechándose con destreza suma de todos los salientes de las rocas, y de todas las raíces que colgaban de algunas hendiduras. Pero conociase que las fuerzas le iban faltando, y que al mas pequeño resbalon, al dar un solo paso en falso, rodaría hecho pedazos hasta el torrente.

Su situación era en extremo peligrosa, pero aun lo fué mucho mas cuando una densa niebla empujada por el viento Nordeste, llenó de repente todo el precipicio. El hombre desapareció a los ojos de Félix, éste desapareció a su vez de la vista de Gaspar, y el anciano no tardó tampoco en verse envuelto en el torbellino que formaba aquella masa de vapores.

—¡Socorro, por Dios! gritaba el desconocido.

—Aquí estamos, no os mováis, gritaba Félix a su vez; esperad a que pase la niebla ó se disipe.

—Imposible: estoy colgado de una raíz y siento que se va rompiendo; acudid pronto.

—Valor, amigo, valor; allá voy a ayudaros.

Félix empezó a bajar, operacion mas difícil que la subida, mucho mas cuando había que colocar los pies al azar, pues la niebla no permitía se viera nada a un palmo de distancia. Gaspar, arrodillado en el sendero, oraba en silencio.

Después de atravesar un gran trecho esponiendo su vida a cada momento, logró al fin llegar al sitio en que el desconocido, colgado efectivamente de una raíz, iba a caer en el abismo.

El robusto cazador se santiguó, porque se disponía a arrostrar una muerte casi cierta, de la cual solo podía libertarle la Providencia por un milagro visible: percibía el fatigado aliento del hombre colgado, sentía, por decirlo así, el crugido de sus músculos que apenas podían resistir la violenta tensión que experimentaban; oía el ruido que hacían los filamentos de la raíz al romperse uno tras otro: un momento mas, y su socorro era inútil....

—¿Dónde estais, buen amigo? preguntó el joven.

—¡Ah! ¿eres tú, Félix? dijo a su vez el desconocido.

—Sí, yo soy.

—Gracias, Dios mío; en ese caso, me he salvado.

—Todavía no; pero armaos de todo vuestro valor. ¿Me veis?

—No te veo, Félix; pero el sonido de tu voz me indica tu situación. Inclínate un poco a la derecha.

—Imposible: no tengo donde apoyar mis pies.

—Pronto, Félix, pronto: la raíz se rompe... la muerte se acerca. ¡Dios mío, Dios mío!

Y pronunció estas palabras con tal angustia, que el cazador se estremeció.

—A muerte ó a vida, murmuró; y asiendo a la peña en que estaba, se dejó colgar: agarraos a mis piernas, gritó, agarraos con fuerza y confíemos en Dios.

El desconocido se asió con una mano primero, y luego con las dos a los pies del joven, que tuvo necesidad de todo su vigor y presencia de ánimo para sostener el peso de aquel hombre que se balanceaba sobre el abismo. Poco a poco fué encogiendo las piernas, alcanzó con su mano izquierda el cuello de la chaqueta del que estaba colgado; luego apoyó fuertemente una rodilla en la peña, y al fin, jadeante y cubierto de sudor, logró poner en salvo al desconocido. Ya era hora.

—¡Miguelon! exclamó al verlo.

Porque el hombre que acababa de salvar y que no pudiendo resistir a la emoción que le había causado su reciente peligro, ni a los esfuerzos que para librarse de él había hecho, se hallaba tendido de largo en largo sobre la peña, era aquel buen narrador de apariciones de quien hicimos mencion en el segundo capítulo de esta verídica historia.

—El mismo soy, contestó, el mismo que gracias a tí, vivo todavía para atender a las necesidades de mi hermana y de mi anciano padre.

—¡Pobre Miguel! ¿Pero qué hacías en el torrente?

—Mi curiosidad maldita me condujo a ese sitio.

—¿Tu curiosidad?

—Sí, mira.

—¿Qué es eso?

—Es un capotillo que ví flotar sobre las aguas, y por apoderarme de él, he espuesto neciamente mi vida.

—En verdad que ha sido una temeridad la tuya. ¿Y ese capotillo?...

—Ya te lo contaré todo cuando lleguemos al sendero: es una aventura extraordinaria.

—Descansemos un poco, amigo mío, que aun habremos menester de todas nuestras fuerzas y destreza para llegar sanos y salvos hasta allí.

—No, no, yo ya he descansado; me siento con fuerzas bastantes: salgamos de este mal paso lo mas pronto posible porque te juro que este sitio me causa un miedo...

—¡Miedo!

—Sí, miedo; y aun me maravilla el que la peña en que estamos no se haya hundido bajo nuestras plantas.

—¡Miguel! Apenas te conozco: tú, tan osado....

—Cuando sepas lo que he presenciado anoche... huyamos de aquí, y créeme: el precipicio de Arlecu es un lugar maldito.

—Serénate, amigo mío, serénate.

Tomóle Miguel la mano, y con ademán y acento solemne le dijo:

—Dios quiera, Félix, que no veas jamás lo que yo he visto: abandonemos este parage antes con antes.

Comenzaron ambos á trepar de nuevo guiando Félix, que á pesar de la niebla, encontraba instintivamente puntos de apoyo para sus manos, indicándoselos al mismo tiempo á Miguel.

Poco les faltaba ya para llegar á lugar seguro, cuando un incidente inesperado detuvo repentinamente su ascension peligrosa.

A través de la niebla que ocultaba á sus ojos el abismo de Arlecú, se oyó á deshora una voz melodiosa que cantaba lo siguiente:

Zure laguna (1)
Maitigarria
Urrutiasqui dá
zugandik:
Besteren menden
Dago jarria
Zure oroitzeak
Azturik:
¡Negar eguizu
Usó churia!
Betiko zaude.
Galdurik.

Nada mas dulce que aquella voz, que al atravesar la espesa capa de vapores, adquiría cierta sonoridad indefinible: unas veces parecía clara, argentina; otras se apianaba hasta el extremo de asemejarse al sonido de una flauta tañida en lontananza.

Al principio parecían á entrambos amigos que la voz provenía de alguno que estuviese muy cerca de ellos: luego creían que el cantor se hallaba á muy larga distancia.

Escuchaban inmóviles y silenciosos aquella melodía triste, impregnada de lágrimas. Félix se sentía profundamente conmovido; Miguel, pálido y tembloroso.

El cantor había callado ya, y todavía el cazador inclinaba la cabeza como si no se hubiese concluido tan extraña é inesperada canción.

—¿Has oído? le preguntó Miguel cogiéndole del brazo.
—Silencio, amigo, silencio: si oye ruido no volverá á cantar, y sería lástima porque nunca he oído cosa mejor.

—¡Félix! Si supieras que es la voz del diablo la que hemos escuchado...

—¡Oh! Eres un imbécil: al genio del mal no le es dado cantar como á los ángeles.

—Y sin embargo; yo te juro por el alma de mi madre, que sino abandonamos este sitio, somos perdidos sin remedio.

Había tal acento de verdad en aquellas palabras, que Félix miró á su compañero con asombro y le preguntó:

—¿Crees de buena fé lo que dices, ó acaso el peligro en que te has visto ha trastornado tu cabeza?

—No, amigo, no: mi cabeza está sana, y no conozco el miedo, gracias á Dios.

—Así es; y sin embargo, tú estás pálido, tiembles...

—Félix: roguemos á Dios para que nos conduzca sanos y salvos al sendero. Sígueme.

Y sin decir mas, empezó á trepar la escabrosa y casi perpendicular pendiente.

Al fin llegaron al sitio en que Gaspar los aguardaba angustiado.

—¡Ah! exclamó al verlos: en salvo, en salvo: Dios sea loado. ¡Pero que miro! ¿Eras tú, Miguel, el que corría tan inminente riesgo de perder la vida?

—Sí, yo era: y por cierto que debí quedar escarmentado con lo que anoche vi.

—¡Anoche! dijo Gaspar.

—¿Os acordáis, buen viejo, del encuentro que tuve en la cruz del puerto, y que os lo conté la noche de nuestra última velada?

—No lo he olvidado, Miguel.

—Pues aquello no fué nada en comparación de lo que presencié ayer.

—¿En dónde?

—Aquí: es decir, un poco mas arriba: yo estaba en la ladera opuesta, desde donde asistí al espectáculo mas extraordinario que han visto mis ojos: aun tiemblo al recordarlo.

Gaspar y Félix se miraron.

—Figuraos, prosiguió Miguel, que volvía de las ferrerías de Baygorri ya muy entrada la noche, pues había conocido que la tempestad iba á cesar en breve: las nubes se disipaban poco á poco, y la luna aparecía limpia y sin nieblas alrededor. Cuando descendía con ánimo de atravesar el Ur-epél que se había convertido en torrente, oí á deshora un grito penetrante que me hizo estremecer.

—¿Un grito? preguntó Félix.

—Sí; pero uno de esos gritos que no se oyen sino las noches de Viernes santo en los barrancos del Aquelarre.

—Prosigue, amigo.

—Me paré aterrado como lo podeis suponer, y dirigí mi vista hacia esta ladera. La luna iluminaba claramente el sendero en que nos encontramos, y vi que dos sombras corrían por él. Luego levantaron del suelo un objeto que no pude distinguir, y cuando creí que proseguirían bajando hacia nuestro caserío, noté con sorpresa que lanzando otro grito mas penetrante que el primero, volvieron á subir esta cuesta, llegaron á la plataforma que se encuentra mas arriba, y montando á caballo, huyeron á galope desapareciendo de mi vista.

Félix y Gaspar se miraron de nuevo: ambos estaban pálidos.

—¿Y el objeto que no pudiste distinguir? preguntó Félix.

—Era una muger.

—¿Una muger? dijeron Gaspar y el cazador vivamente.

—Lo que os digo es la verdad: era una muger á no dudarlo.

—¿Se la llevaron consigo?

—No, Félix, no: y esto es lo mas terrible.

—¡Oh! habla, habla; no sabes cuanto nos interesa esa relación.

—Luego que los ginetes hubieron desaparecido, volví á mirar hacia el paraje en donde los había visto por primera

(1) «Tu amado compañero se encuentra muy lejos de tí: se halla supeditado por otra, olvidados ya tus recuerdos. ¡Llora, llora, blanca paloma! Pues que estás perdida para siempre.»

Las dos últimas estrofas pueden traducirse tambien de este modo: puesto que ya eres infeliz por toda la vida.»

vez. ¡Oh Dios mio! Casi no me atrevo á contároslo en este sitio: dijo mirando en su derredor.

—Prosigue por tu vida, dijo Félix visiblemente angustiado.

—Vi, que un oso, á mi parecer al menos, llevaba en sus brazos una muger que creí fuese la misma que los otros abandonaron en su huida. Tras él caminaba, ó mejor dicho, bajaba sostenida en el aire, la Atsó-gorria, dando saltos y riéndose de la manera extraña que todos conocemos.

—¡La Atsó-gorria! exclamó Félix palideciendo mas aun, y santiguándose.

—La conocí por su traje encarnado que brillaba como una luz. De repente el oso, ó lo que parecía tal, se paró; la bruja le riñó con su voz aguda, segun pude comprender: cuando comenzó de nuevo á bajar, una bocanada de viento desprendió de los brazos del animal una cosa que despues de flotar largo rato en el espacio, cayó al abismo.

—¡Gran Dios! ¿Era la muger? preguntó Gaspar con terror.

—No: era este capotillo.

Y enseñó á Gaspar lo que traía en la mano y que el anciano no había visto todavía. El pastor lo tomó, examinó con atención aquella prenda, y mostrando á Félix unas letras que tenía bordadas en la capucha, le dijo con acento triste:

—Mira Félix: mira cuán desgraciados somos.

—¡Misericordia! El capotillo de...

Gaspar le impidió pronunciar el nombre de su hija, poniéndole la mano en la boca.

—¿Conoces acaso á su dueño? preguntó Miguel sorprendido de aquella acción.

—No: creo que no. Pero eso nada importa. Prosigue tu relación... ¿Qué sucedió luego?

—Sucedíó que yo seguí con la vista al capotillo: noté que caía al torrente, y no dudé que las muchas peñas y árboles que el Ur-epél arrastraba, detendrían el objeto que se había hundido en las aguas. Cuando torné á mirar al sitio en que había visto al oso y á la Atsó-gorria, ambos habían desaparecido tambien, lo mismo que las sombras de antes.

—¿Pero cómo? ¿Por dónde?

—Eso es lo que ignoro precisamente.

—Parece imposible, murmuró Félix. Yo conozco este terreno á palmos.

—Y yo tambien: lo cual me ha convencido, dijo Miguel interrumpiéndole, que los dos volaban, pues no hay camino ni senda que baje hasta el torrente.

—Es verdad, añadió Gaspar.

—Largo rato estuve mirando, prosiguió Miguelon, por si aparecía de nuevo aquel grupo extraordinario, pero esperé en vano. Me propuse volver esta mañana á registrar cuidadosamente estos parajes; vi el capotillo en el torrente y.... lo demas ya lo sabeis.

—¿Pero dime: no podrias darnos algunas señas del traje que vestía la muger que el oso llevaba en brazos?

—Ni lo reparé siquiera, Félix.

—¿Y no procuraba desasirse, no gritaba?...

—Yo nada vi: parecía que estaba muerta.

—¡Muerta! exclamaron Gaspar y su compañero.

—Conducenos á ese sitio, Miguel: pronto, sin tardanza.

—Con mil amores.

Y echó á andar: á obra de cuatrocientos pasos se paró y dijo:

—Aquí fué: los de á caballo huyeron hacia arriba; la Atsó-gorria y el oso, bajaron por ahí.

Como dijimos en su lugar, la peña estaba tajada á la derecha del sendero: a la izquierda, causaba vértigos el mirar aquella profundidad espantosa: ni un arbusto, ni la mas pequeña yerba crecía en la roca que como una continuacion de la de la parte superior de la senda, aparecía lisa como una muralla de inmensa altura: en lo mas profundo rugía el Ur-epél convertido en espumoso torrente.

—¿Dices que bajaron por aquí? preguntó Félix.

—No me equivoco, no: aquí fué donde yo los vi.

—Parece imposible.

—Para hombres como nosotros, no lo niego; pero para la Atsó-gorria y su compañero, no hay nada imposible.

—Es verdad, dijo Félix.

Gaspar besaba el capotillo mientras que gruesas lágrimas brotaban de sus ojos.

—¡Muerta! murmuraba: ¡muerta!

—¡Gaspar! dijo el cazador acercándose al oído del anciano, tengamos valor; seamos hombres.

—¿Me necesitais para alguna cosa? preguntó Miguel.

—Gracias, amigo: contestó Gaspar. Vamos á Jordós: ya ves que para llegar hasta allí...

—En ese caso, os dejo: buen viaje, amigos, y seguid mi consejo: huid, huid de este sitio maldito.

Y estrechándose la mano se marchó.

—Ya lo ves; dijo Gaspar luego que se quedaron solos: hay que renunciar á toda esperanza: mi pobre Inés ha muerto.

—No, Gaspar, no: eso sería dudar de la bondad de Dios; y vos mejor que nadie, anciano, sabeis cuán bueno es. Hay en todo esto algo que no comprendemos: por un lado la carta de madama de Bréssens....

—¡Oh! Esa muger...

—Esa muger es buena tambien; no lo dudeis, amigo mio: el dolor os hace ser injusto para con todos. Primero me creisteis culpable; luego acusasteis á vuestra hija; despues á Madama... miradlo bien, Gaspar; tal vez mas tarde os quejareis de Dios.

—¡Oh! Eso nunca, Félix: ¿acaso no contemplo todos los dias las obras de sus manos? ¿No veo palpablemente los efectos de su divino amor en las pobres criaturas? Quien como yo ha pasado sesenta años en estas montañas, quien ha visto lo que yo he visto... no puede dudar de su bondad. Tienes razon, Félix: pensemos bien de todo el mundo como hasta aqui: así podrán engañarnos, pero al menos estaremos mastranquilos en nuestra conciencia, y sobre todo no seremos injustos. Pero esa carta....

—El mayordomo puede haberse fugado: la desaparicion misteriosa de Inés puede haber coincidido con su fuga.... tal vez ha sido robada con violencia... en fin, ya que Miguel nos ha dado alguna luz, sigámosla.

—¿Y qué hemos de hacer?

—¿Qué? Marchar ahora mismo á la cabaña que habita la Atsó-gorria.

—¿A su cabaña? dijo Gaspar retrocediendo asustado al oír semejante proposicion.

—¿Por qué no? Es muger que todo lo sabe, muger á quien

consultarlos labradores del pais para sus siembras, para la cura de susganados, para encontrar una vaca perdida... ademas, ya habeis oido lo que dijo Miguel: en mi concepto la muger que el oso llevaba en brazos, no podía ser otra que Inés. El capotillo es una prueba.

—Yo tengo la cabeza trastornada, Félix: me siento débil, incapaz de pensar; vamos á donde quierais con tal que de ello resulte la averiguacion del paradero de mi hija. Y prosiguiéron su camino en direccion de la plataforma.

El Ur-epél tiene su nacimiento en una concavidad del puerto de Izpegui: peñascos disformes que han rodado desde la cima de la montaña, yacen en monton en aquella profundidad que las aguas han ido socavando; y las rocas negras y angulosas ocupan gran trecho asemejándose á ruinas colosales de altares druidicos. Por los intersticios de aquellas masas de granito tan antiguas como el mundo, brota á borbotones el manantial de donde procede el rio que convertido en torrente arrastraba aguas cenagosas, saturadas de la tierra que en su furioso impetu arrancaba de los costados del monte. Los obstáculos que encuentra á su paso, acrecen su furia; las aguas saltan como los potros salvajes al atravesar los precipicios huyendo de una manada de lobos, chocan acaso con un árbol, lo derriban... entonces se hace un remanso, fórmase un remolino, rebasan el borde del dique que el árbol caído formó, y prosiguen su desenfrenada carrera rebotando y precipitándose ruidosamente de peña en peña.

En este punto el paisaje era agreste, salvaje: ningun ser humano había osado establecer en él su vivienda: pocos había en el pais que hubiesen bajado hasta el fondo de aquel precipicio.

Solo Félix, iba de vez en cuando á cazar cabras monteses que creyéndose seguras en aquellas escabrosidades pacían tranquilamente las hojas de los arbustos.

Y sin embargo, escudriñando con algun cuidado las peñas hacinadas, hubiérase notado una cabaña miserable, incrustada, por decirlo así en una de las rocas.

Formaba la techumbre de tan mezquino albergue, el helecho seco que crece allí de una manera prodigiosa: no tenía ventanas ni chimenea: la puerta formada de dos piedras enormes, estaba cerrada con cortezas de roble: esta habitacion era en fin, la verdadera imagen de las viviendas primitivas.

Gaspar y Félix se pararon muy cerca de la puerta de la cabaña.

—Yo no veo por aqui nada que se parezca á una choza, dijo el anciano.

—¿Veis esa roca por encima de la cual salta el agua?

—Sí.

—Pues mirad, en su costado derecho se apoya un fajo de helecho seco: ese es el techo de la morada de la Atsó-gorria: acerquémonos.

Félix notó que la puerta estaba cerrada.

—¿Has encontrado alguna vez á esa muger en este sitio?

—No: pero una tarde que agazapado detrás de aquel tronco caído esperaba á que alguna cabra montés se me presentase á tiro, la vi bajar por el mismo sendero que nosotros hemos seguido para llegar hasta aqui: lavóse los pies en el manantial y desapareció despues en la cabaña. Al dia inmediato me decidí á registrar todos estos contornos y topé con su vivienda: estaba cerrada como ahora y no me atreví á llamar.

—Es decir que hemos hecho en valde este viaje.

—¿Por qué? Yo llamaré hoy aunque sea en la puerta del infierno: esperadme ahí.

Adelantose el mancebo y golpeó en las cortezas que cerraban la entrada: la puerta permaneció cerrada y no se oyó ningun ruido.

—No hay nadie, dijo Félix.

—Vuelve á llamar, le dijo Gaspar: tal vez esté dormida y...

—Esa muger no duerme nunca.

—No importa, llama con mas fuerza.

Félix tornó á golpear, pero tampoco obtuvo respuesta.

Solo á unas veinte varas mas arriba que la choza, se notó algun movimiento en un espeso zarzal: apartáronse las ramas, y una cabeza humana apareció cautelosamente. Cuando hubo visto sin duda á los que venian á turbar el silencio de aquel desierto, lanzó un grito penetrante y desapareció.

Gaspar y Félix se estremecieron al oír aquel grito salvaje y dirigieron la vista á todas partes: nada descubrieron: las mismas peñas, el mismo torrente, la cabaña cerrada y silenciosa.

Gaspar se acercó al cazador.

—¿Qué significa esto, Dios mio?

—Lo ignoro como vos, anciano: quizá nos hemos asustado sin motivo, en estos parajes hay muchos lobos...

—Lo que hemos oído en nada se parece al aullido del lobo.

—Pero puede ser una manera de gruñir, propia del oso que segun Miguel acompañaba á la bruja.

—¿Y dónde está ese oso? Yo no lo veo en ninguna parte.

¡Ah! exclamó Gaspar agarrando á Félix por el brazo é invitándole por señas á que se agazapase detrás de la peña en que el anciano se hallaba recostado.

—¿Qué hay? preguntó aquel en voz baja y ocultándose.

—Mira, mira, contestó Gaspar señalando la puerta de la choza.

En su dintel triangular apareció una muger pequeña: tenía sueltos sus largos y blancos cabellos; su cara literalmente cubierta de arrugas tenía la palidez mate de los cadáveres; la viveza de sus ojillos grises formaba un contraste singular con la inmovilidad de los músculos de su semblante.

Aquella extraña muger vestida de encarnado, empezó á saltar de una manera grotesca; movía sus brazos desconcertadamente y pronunciaba palabras incomprensibles sin mover los labios delgados y hundidos.

—¡La Atsó-gorria! exclamó Félix en voz baja. Ocultémonos y veamos lo que hace, ella nos encontrará.

—Se retirará sino nos vé, dijo Gaspar.

—No lo creais, contestó Félix, y ambos se ocultaron.

(Se continuará.)

J. M. GOIZUETA.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.

La razon demostrativa.



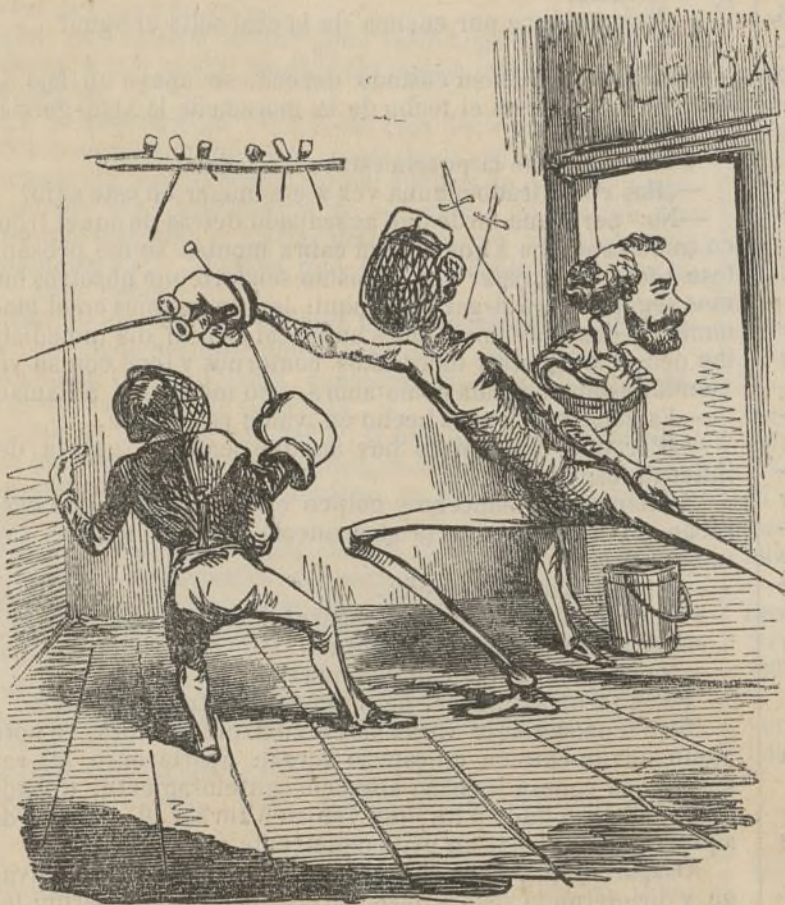
La esgrima es el arte de atravesar á su prójimo con limpieza y elegancia, por la razon demostrativa.



Trage de un modelo de sala de armas.



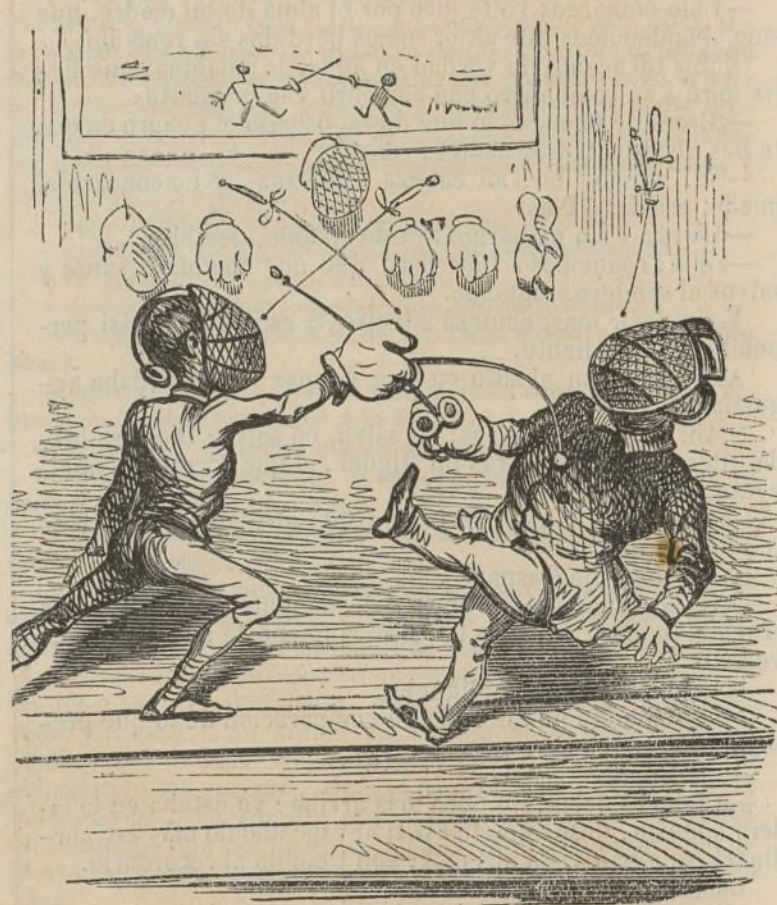
Despues de la primera leccion.



Para saber defendese bien, es preciso primeramente saber pincharse.



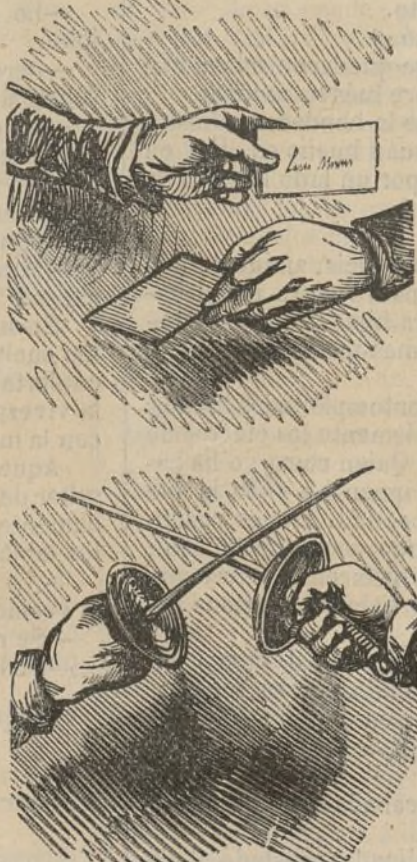
Nuevo método para profundizar mas.



Resbalon imprevisto por no llevar las botas preparadas.



Cuestion sobre una carta; preludios del duelo.



Primero, cambio de billetes; luego cambio de estocadas.



Lo que se ha convenido en llamar un lance de honor.



Ventaja definitiva del honor caballeresco.